



CIUDADANÍA Y VALORES  
FUNDACIÓN

## **SIMPOSIO “INMIGRACIÓN E INTEGRACIÓN”**

### **¿Extranjeros o Conciudadanos? La Integración de los Inmigrantes en las Democracias Liberales de Occidente**

*Alfonso Aguilar*

Jefe de la Oficina de Ciudadanía del Servicio de Inmigración de EE.UU  
Administración Bush.

Madrid, 24 de septiembre de 2009

## **¿Extranjeros o Conciudadanos?**

### **La Integración de los Inmigrantes en las Democracias Liberales de Occidente**

**Por Alfonso Aguilar<sup>1</sup>**

Vivimos un periodo histórico de grandes desplazamientos poblacionales, caracterizado por una alta migración de personas procedentes de países pobres o en desarrollo a los Estados Unidos y a los países de Europa occidental. Estas personas vienen a nuestros países buscando un mejor porvenir económico, sabiendo que nuestras economías necesitan de su mano de obra. Ellos, de hecho, ocupan aquellos trabajos que, por lo general, nuestros paisanos no quieren hacer o para los cuales sencillamente no hay mano de obra nativa de edad laboral debido al decrecimiento poblacional en nuestros países. Es evidente que con su trabajo contribuyen grandemente al crecimiento de nuestras economías y al bienestar general de nuestros pueblos. Esta es la realidad. Y, por lo tanto, si van a venir, es fundamental que nuestros países busquen la manera de integrarlos.

Los gobiernos de Estados Unidos y de los países europeos, incluyendo, por supuesto España, han comenzado a desarrollar e implantar políticas de integración, pero, desafortunadamente, muchas veces, estas se han puesto en marcha sin antes considerar cual es la teoría y la visión que deben informar estos esfuerzos. Creo que las políticas establecidas –desde clases para aprender el idioma del país, su sistema de gobierno y costumbres a exámenes de ciudadanía o contratos de integración- serian mucho más efectivas si previo a su implantación empezáramos por hacernos unas preguntas básicas tales como: ¿Qué debe significar la integración en una nación democrática? ¿Es nuestro objetivo incorporar plenamente a los inmigrantes en nuestra comunidad política? ¿Vemos a los inmigrantes como extranjeros entre nosotros o como futuros conciudadanos?

Solo cuando tengamos una idea clara sobre a qué queremos que se integre el inmigrante –a qué tipo de sociedad- podremos adecuadamente promover la integración del inmigrante en nuestras sociedades. Esto va a requerir, por supuesto, que profundicemos en los principios que deben definir toda sociedad verdaderamente democrática y que analicemos objetivamente temas difíciles, que frecuentemente generan gran apasionamiento hoy día, como

---

<sup>1</sup> El autor fue Jefe de la Oficina de Ciudadanía del Servicio de Inmigración de los Estados Unidos durante la Administración del Presidente George W. Bush.

el del lugar o espacio de la religión y la cultura nacional en una sociedad libre. Finalmente, el pensamiento democrático que nos debe guiar es el que históricamente ha predominado en occidente, que reconoce la dignidad inherente de la persona y los derechos inalienables que posee por su propia naturaleza. En fin, el que proclama y defiende los derechos del individuo y garantiza su libertad e igualdad aún si es miembro de una pequeña minoría.

Partiendo, pues, de esta premisa, ya en pleno siglo veintiuno, debemos entender que el individuo en una democracia liberal vive en dos esferas –una cultural y otra política. La cultural –lo que se refiere a su religión y sus tradiciones étnicas- es algo que depende del propio individuo. Es a él a quien le compete definir su entorno cultural –la comida que prefiere preparar en su hogar, su manera de vestir, la música que desea escuchar- de igual manera que solo a él le toca definir a que religión pertenece. El interés primario del gobierno en cuanto a este ámbito cultural se debe limitar a garantizar que los derechos del individuo, incluyendo la libertad religiosa y la libertad de expresión, sean respetados en la esfera pública.

Cuando me reúno con grupos de inmigrantes en los Estados Unidos, siempre hago hincapié en que el hacerse americano no requiere que uno deje la religión o la cultura propia en la puerta de entrada; que se puede vivir de acuerdo a la tradición cultural del país de origen de uno o de su grupo étnico y, al mismo tiempo, ser un orgulloso ciudadano americano. En fin, que la cultura y la religión no están reñidas con los compromisos políticos que uno adquiere como ciudadano en nuestra democracia. Su cultura y su ciudadanía son dos cosas separadas y diferentes, que no se contradicen.

Es en la esfera política, en una democracia, donde cada individuo puede identificarse con los demás miembros de la comunidad. Este ámbito se define por los valores comunes y principios políticos de una sociedad democrática. El ex presidente Bush en su primer discurso inaugural lo describió de la siguiente manera al hablar de los Estados Unidos: “la nación americana nunca ha estado unida por la sangre o lugar de nacimiento... Nosotros estamos unidos por ideales que nos hacen trascender nuestros orígenes (étnicos, culturales), nos elevan más allá de nuestros intereses y nos enseñan qué significa ser ciudadanos. A todo niño se le deben enseñar estos principios. Todo ciudadano debe respetarlos. Y todo inmigrante, al hacer suyos estos ideales, hace nuestro país más, no menos, americano”.

Los tres elementos en los que se basa esa esfera política son la lengua común, los valores democráticos que todos debemos acoger y un sentido compartido de la historia de la comunidad política a la que pertenecemos. El tener un idioma común es sumamente importante en una democracia en donde los ciudadanos deben juntarse para deliberar y discutir los temas que afectan a la comunidad en general. Si la gente no se puede comunicar en una

lengua común, no podrán desarrollar las relaciones individuales y sociales necesarias para construir una comunidad. La falta de un idioma que todos hablen solo puede llevar naturalmente a incomprendimientos, frustraciones y hasta serios conflictos sociales.

El segundo componente que une a todos los ciudadanos en una comunidad democrática es la creencia e identificación con ciertos principios básicos, como la soberanía popular, el estado de derecho y los derechos naturales o individuales. Finalmente, al asentarse en un nuevo país, los inmigrantes deben conocer la historia de dicho país –lo bueno y lo malo. Deben ver la historia de su nuevo país de adopción no como algo extraño, pero como su propia historia. Es la narrativa de la sociedad, de la nueva familia política a la que pertenecen. En ese sentido, un inmigrante en los Estados Unidos quizás no tenga nada en común religiosa o étnicamente con George Washington, John Adams o Tomas Jefferson, pero aun así, puede ver en estas figuras a los padres y forjadores de la comunidad política de la que ahora es parte. Mas aún, esta historia no es algo estático, sino que está en continua evolución, por lo que el inmigrante, al llegar y establecerse en un país, también contribuye a escribir un nuevo capítulo en ella.

En una democracia liberal, por tanto, las políticas de integración deben enfocarse en la identidad del ciudadano enraizada en los valores políticos comunes de la sociedad –en los componentes que definen esa esfera política de la que hemos hablado- y no en consideraciones raciales, étnicas o de religión. Que no quepa duda: las naciones democráticas pueden y deben celebrar la diversidad cultural y religiosa de sus pueblos, y, en Europa, esto también significa celebrar las ricas y milenarias tradiciones de la civilización occidental y de la cristiandad, sin tapujos o consideraciones políticamente correctas. Pero, en última instancia, la identidad común de los ciudadanos debe estar definida exclusivamente por los presupuestos políticos y cívicos que hemos mencionado. Debemos celebrar la cultura, pero debemos trascenderla en términos de quien pertenece a la nación. Esta es la asimilación política que el comentarista americano John Fonte<sup>2</sup> espera de los inmigrantes que llegan a los Estados Unidos; incluso tiene algo de parecido al patriotismo constitucional del que el filósofo alemán Jürgen Habermas<sup>3</sup> habla.

Para integrar efectivamente a los inmigrantes debemos construir proyectos políticos que sean incluyentes y que sean consistentes con los principios básicos del régimen democrático. Esto implica darle a los inmigrantes que se establecen permanentemente en el país, acceso a

---

<sup>2</sup> Fonte, John. "Dual Allegiance: A Challenge to Immigration Reform and Patriotic Assimilation," Backgrounder Center for Immigration Studies, 11/05.

<sup>3</sup> Borradori, Giovanna. Philosophy in a Time of Terror: Dialogue with Jürgen Habermas and Jacques Derrida. University of Chicago Press, 2003.

la ciudadanía; o sea, a la nacionalización o naturalización, como le llamamos en los Estados Unidos.

No nos debe sorprender, por otra parte, que diversos países o comunidades, ansiosos por los niveles de inmigración, experimenten en cambio con políticas extremistas, de izquierda o derecha. Por un lado, tenemos a los que quieren promover la asimilación cultural del inmigrante y, por el otro, los que defienden el más extremo multiculturalismo, o pluralismo cultural, como mejor se le conoce en Europa. Ambas perspectivas, estoy convencido, son contraproducentes y subestiman los pilares básicos de la democracia.

La asimilación cultural implica el adoptar la cultura de la mayoría dominante en una sociedad. Como política, está basada en un nacionalismo limitante que resiste a cualquiera que sea diferente. La asimilación cultural ofende la dignidad de la personas porque infringe en su libertad individual –pilar del sistema democrático- de escoger su fe y de expresarse culturalmente como quiera. Una cosa es el sano patriotismo que manifiesta una lealtad a la comunidad política y a los principios de su constitución y otra es el nacionalismo que lleva a la xenofobia, al discrimen y a la intolerancia. El patriotismo es, en fin de cuentas, el deber cívico del que teorizaba Aristóteles en su *Política*<sup>4</sup> o más recientemente el ya difunto filósofo político italiano Norberto Bobbio en el *Dialogo Intorno Alla Repubblica*<sup>5</sup>.

En el extremo opuesto está el multiculturalismo o pluralismo cultural extremo, que propone que la identidad racial, étnica o religiosa, y no una serie de principios políticos, son la única fuente de identidad del individuo. Por bien intencionado que pueda estar a veces el multiculturalismo, al final lo que hace es promover mayor división dentro de una sociedad al buscar acomodar a todos los grupos dentro de una sociedad, el mayoritario y los minoritarios, en espacios separados y aislados, sin una identidad política que unifique. Según esta corriente relativista, el promover una identidad común, aun si está basada solo en principios políticos, es ofensiva a la cultura del inmigrante recién llegado. Y es que el multiculturalista erróneamente cree que los valores democráticos no son comunes o universales, sino exclusivamente occidentales. No son capaces de entender que, aunque hayan sido reconocidos en occidente por primera vez, no dejan de ser universales. Estas son las personas que abogan porque a ciertos grupos religiosos o étnicos se les permita seguir sistemas legales propios o algunas costumbres culturales que son contrarios a la democracia y a la dignidad del ser humano. Hay que aclarar que el darle espacio a la cultura de un grupo, no quiere decir permitir aquellas prácticas religiosas o culturales que violentan los derechos fundamentales de las persona.

---

<sup>4</sup> Aristotle *Politics: Book III*.

<sup>5</sup> Bobbio, Norberto. *Dialogue about the Republic*. 2001.

A diferencia de estos extremos, el modelo liberal democrático se basa en la creencia que personas diferentes pueden coexistir e identificarse unas con otras a través de la dignidad común que tiene como seres humanos y a través de la membresía plena en la comunidad política como ciudadanos. El inmigrante no está obligado a aceptar la cultura de la mayoría ni debe aislarse para practicar sus tradiciones o profesar su fe.

Seguir el camino de la democracia pura es la única forma de crear una sociedad en la que podamos recibir al inmigrante de manera que este se sienta como parte de la comunidad política y que nosotros también los veamos como miembro de ésta, tan miembro como cada uno de nosotros. Reconozco que el poner en práctica esta visión democrática y universal no es sencillo.

Le tomó a los Estados Unidos una guerra civil y una difícil y reciente lucha por los derechos civiles para perfeccionar el significado de nuestra constitución, de nuestra democracia. Pero, al final de cuentas, en mi forma de pensar, es esencial que todas las democracias de occidente retomen el principio democrático de la ciudadanía universal si es que desean incorporar a grupos étnicos minoritarios y preservar la cohesión política y social de sus sociedades.

Otro gran reto a la creación de sociedades democráticas incluyentes en occidente es el secularismo post-moderno que busca prohibir la expresión religiosa en la plaza pública, y que, con frecuencia tiende a ridiculizar, e incluso perseguir, la religión como anti-moderna o contraria a la razón. La separación de la iglesia y el estado en una democracia es fundamental, pero este principio, de ninguna manera, se debe entender como secularismo público. El gobierno no debe imponer unas creencias religiosas a nadie, pero la necesaria separación entre iglesia y estado no significa que el individuo no pueda expresar libremente su religión. Las democracias liberales, por el contrario, deben garantizar y proteger el derecho de un individuo a expresar sus creencias religiosas en público. Políticas que limitan la expresión individual como la prohibición de que mujeres musulmanas lleven la cabeza cubierta en escuelas públicas u oficinas de gobierno, va en contra de las libertades expresadas y proclamadas en tratados y convenciones, incluyendo la Declaración de Derechos Humanos de las Naciones Unidas de 1948, la Convención Internacional sobre Derechos Civiles y Políticos de 1966, y la Carta de Derechos Fundamentales de la Unión Europea de 2000 y 2007.

El promover el secularismo o el laicismo, como se conoce en algunos países, como una faceta de la democracia, además, tiene el efecto de antagonizar al inmigrante que valora su religión, obstaculizando así su integración. Este se siente, y muchas veces con razón, que la religión es vilificada y hasta perseguida por el estado. Esta percepción le puede llevar incluso a rechazar el sistema democrático como uno gravemente injusto.

Es importante, por consiguiente, rechazar estas tendencias anti-religiosas y reconocer que aquella religión que proclama la dignidad del ser humano y el derecho natural no contradice en forma alguna los valores democráticos de una sociedad, ni tampoco contradice la modernidad o la razón. Todo lo contrario, puede ayudar a un individuo a ser un mejor ciudadano.

En suma, una sociedad que viva verdaderamente de acuerdo a los principios democráticos de igualdad y libertad estará en mejor posición de aceptar e integrar al inmigrante. Claro está, esto requiere que todos los miembros de la sociedad –no solo los inmigrantes- se les eduque en esos principios cívicos y políticos. Como ha dicho el autor americano George Weigel “los ciudadanos en una democracia no nacen, se hacen”<sup>6</sup>.

Es absolutamente vital educar para la democracia. Y esto es un esfuerzo en el que deben estar involucrados todos los sectores de la sociedad -las escuelas, las universidades, los medios de comunicación masiva así como las organizaciones cívicas y religiosas.

La integración es un camino de dos vías. Es esencial requerirle al inmigrante que adopte los principios políticos del país que lo recibe y que le declare su lealtad, pero, de igual manera, es importante que la sociedad que los reciba entienda y acepte que estas personas pueden convertirse en plenos ciudadanos de su país. La única manera que las democracias de occidente pueden preservar la cohesión política y social de sus sociedades es a través de la creación de narrativas nacionales que permitan que los inmigrantes no se sientan como meros extranjeros, sino como orgullosos ciudadanos de su nueva patria.

---

<sup>6</sup> Weigel, George. Faith, Reason, and the War Against Jihadism: A Call to Action. Doubleday, 2007.